

4444. Luis, á la cabeza de cuarenta mil Armagnacs, se aproximó á Basilea, donde se celebraba el concilio, con la intencion quizá de dispersarlo segun los deseos del papa. Algunos valientes Suizos que vinieron al socorro de la plaza, rechazaron aquellas bandas aguerridas; pero sorprendidos por el grueso de los Armagnacs cerca de Basilea, perecieron todos menos diez y seis, á los cuales no perdonaron nunca sus compatriotas.

Habia vencido el delfin, pero tan cara habia comprado la victoria, que no se atrevió á continuar la guerra, y marchó la vuelta de Francia, devastando el país de tan atroz manera, que aun no se ha perdido la memoria de los *desolladores*. Entónces aprendió á estimar la intrepidez de los Suizos, y concluyó con ellos la paz que se perpetuó, y que suministró siempre á Francia tropas dispuestas á morir por ella y por sus reyes, con un valor y una fidelidad admirable en gente venal (1).

1450. Del mismo modo el Austria entró en avenencias con los Suizos, y en Constanza se firmó la paz entre esta y los confederados, entre esta y Basilea, entre Berna y Friburgo, entre los confederados y Zurich, cediendo cada parte algun tanto en sus pretensiones. ¿Pero habia de separarse Zurich de la alianza del Austria? ¿debia renunciar las conquistas hechas y compensar los gastos de la guerra? Estos puntos se discutieron largamente, y hubieran concluido por ocasionar una nueva guerra; pero Enrique de Butemberg, nombrado árbitro supremo en el convento de Einsiedlen, declaró ilegítima la alianza de Zurich con el Austria, impropriadamente confundida con el imperio; esta reclamó repetidas veces, pero no obstante, vió desaparecer toda su influencia sobre Suiza. Entónces los cantones de Zurich, Lucerna, Schwitz y Glaris se aliaron con el abad de San Gall, que vino á ser el primer asociado de los cantones, con el derecho á asistir á las dietas, como tambien con la ciudad de San Gall, que se habia redimido de sus abades.

1460. Reinando el archiduque Sigismundo, perdió el Austria sus últimas posesiones suizas en la guerra de Turgovia, á la cual se siguió una paz de quince años que consolidó la posesion de lo adquirido. Habiéndose renovado despues la guerra, llamada de Mulhouse, se obligó el archiduque en la paz de Waldshut á pagar á los confederados en diez meses diez mil florines, ó á dejarles la ciudad de Waldshut.

1468. Para reunir esta suma, dió á Carlos el Temerario en hipoteca por ochenta mil florines sus posesiones en la Alsacia, las cuatro ciudades forestales y la Selva Negra ó Brisgau. Conveníanle á Carlos estas posesiones como escala para la Lorena, la Suiza y la Italia, países en que pensaba en sus ambiciosos proyectos. Conocieron el peligro los Suizos, y se aliaron con Francia, acudiendo tambien al archiduque de

(1) La primera alianza con Francia se hizo en 1452.

1474. Austria, prometiéndole el dinero necesario para rescatar el empeñado patrimonio. Gobernaba la Alsacia en nombre de Carlos, Pedro de Hagenbach, gran baile de Brisac, al cual no habia delito que la pública fama no le atribuyese: habiendo mandado que los ciudadanos trabajasen en un puente el día de Pascua, fué aprehendido y condenado á muerte por un tribunal tumultuario, y las declaraciones de ocho mil personas. Ocho verdugos vinieron á disputarse su ejecucion, y tuvo la preferencia el de Colmar, donde todavia se conserva su cabeza.

Fué este un nuevo motivo para irritar á Carlos de Borgoña, el cual, declarando la guerra, dirigió contra los Suizos la formidable artillería que habia hecho temblar á los Países Bajos, Lieja y Lorena. El conde de Terrett decia: «De-sollaremos al oso de Roma, y nos harémos un pellico.» Detras de los soldados venian multitud de criados, mercaderes, jóvenes esclavas, de modo que los montañeses, al ver tanto lujo, decian á Carlos: «Mas oro contienen las espuelas de vuestros caballeros que todo lo que pudierais encontrar entre nosotros.» Pero él se presentaba sencillamente, con un pobre traje ceniciento, como Napoleon entre sus brillantes mariscales. Tenia á sueldo guerreros ingleses y flamencos, y especialmente Italianos; despues de debilitar á los Suizos pensaba rivalizar con Anibal, que era entónces su héroe favorito, y ostentar su poder y riquezas en Italia, donde contaba con su amigo el duque de Saboya, con el de Milan, partidario suyo, y tenia en todas partes inteligencias por medio de sus soldados.

1475. Entónces principió una serie de batallas de vária fortuna. Los Suizos, en el Franco Condado, en el país de Vaud, y en el de Vales, hostilizaron á los señores, que se habian confederado con el enemigo de la patria; el emperador abandonó á sus coligados, de modo que Carlos se apoderó de la Lorena (1), y condujo contra los Suizos sesenta mil soldados feroces, que devastaban, ahorcaban y asesinaban á los que en Granson se les habian opuesto con desventurado valor, y se habian rendido á discrecion. Veinte mil Suizos acudieron á vengar á sus hermanos, gritando *Granson*; el valle resonó con el sonido de las dos trompetas que les habia dado Carlo Magno, y que se llamaban el toro de Uri y la vaca de Unterwald; cuando se acercaron al enemigo se pusieron de rodillas, pero no para pedir gracia, como creyeron los Borgoñones, sino para invocar al Dios de la venganza. Carlos el Temerario fué derrotado por primera vez, dejando un inmenso botín, cuatrocientos veinte cañones, diez mil caballos, y tantas alhajas que su valor ascendia á un millon de florines, sin contar lo que fué robado. Dicese que Carlos fué el primero que hizo tallar dia-

(1) HUGUENIN, *Hist. de la guerre de Lorraine et du siège de Nancy... ouvrage enrichi de détails inédits, tirés des chroniques manuscrites de Metz et des archives de Lorraine. Metz, 1827.*

mantas, y que llevaba muchos de ellos, con otras joyas de inmenso valor. Un aldeano encontró un diamante tan grueso como media nuez, y le vendió á un sacerdote por tres francos, y este á otro, hasta que Luis el Moro le vendió á Julio II por veinte mil ducados, y brilla en la tiara. Otro, vendido un poco mas caro, pasó de mano en mano, yendo á parar á la corona de Francia (1). Los confederados, despues de haber permanecido tres dias en el campo de batalla segun la costumbre, volvieron á bandera desplegada, cantando himnos al Dios de la libertad.

1476. Carlos, furibundo, se prepara de nuevo para la guerra, sacando de cada seis súbditos un soldado, é imponiendo una contribucion que consistia en pagar de cada seis sueldos uno; Galeazzo Sforzia deja pasar por el territorio de Milan á todo el que ha sido reclutado por aquel; el rey de Francia espera prevenido; los Suizos se preparan al ataque, y desde los hielos de Losanna hasta las bocas del Aar, de cada dos hombres uno toma las armas, y cuando Carlos sitia á Morat, le derrotan matándole veinte mil soldados, cuyos cráneos reunieron en un osario que por mucho tiempo ha estado advirtiéndolo á los extranjeros que no se provoca en vano á los pueblos libres y unidos (2). Desde entónces quedó Carlos muy desolado, dejándose crecer la barba, y teniendo que ponerse en manos de los médicos para curarse la bilis; despues viendo que el duque de Lorena se aprovechaba de la victoria, se puso en marcha para sitiar á Nancy; pero aquel, unido á los Suizos, le derrotó y dió muerte entre los hielos. Así el último príncipe de Borgoña, tan nombrado por su firmeza, justicia y buena administracion, y mas por su insaciable ambicion, dejó abandonado el gobierno á las picas de los Suizos, que habian instruido ya á muchos príncipes en pocos años, y que con la muerte de Carlos contribuyeron poderosamente al engrandecimiento del Austria, su enemiga. El pueblo no podia persuadirse de que hubiese muerto Carlos, y dos años despues los comerciantes vendian sus mercaderías á condicion de pagar cuando volviese el duque. María, su heredera, se apresuró á celebrar una tregua y alianza con los Suizos, lo que consiguó dándoles ciento cincuenta mil florines. Luis XI venciendo con el dinero á los que triunfaban con las armas, trató de atraérselos ó de contemporar con ellos, y no habiéndolo conseguido, no quiso, sin embargo, enemistarse con gente tan temible, antes por el contrario renovó la alianza, pagando veinte mil libras á cada canton por diez años, y otras tantas á los jefes de los cantones.

(1) Este diamante se llama Saucy, del señor de Saucy que le compró; en el siglo pasado, fué valuado en 1.800.000 libras tornesas. Enrique VIII compró otro, que pasó despues á manos de la reina María y de esta á los Austríacos, que le conservan en Viena.

(2) «D. O. M. Caroli inelyti et fortissimi Burgundiae ducis, exercitus Moratum obsidens ab Helvetiis casus hoc sui monumentum reliquit; es decir, los huesos.» Los republicanos franceses destruyeron este monumento.

1481. Pero este tributo fué una riqueza corruptora, que produjo funestos males entre aquellos que no se habian dejado dominar por el Austria ni por la Borgoña, y que se dejaban corromper por los títulos y por las cadenas de oro. Friburgo, sometida al Austria, tenia tantas deudas sobre sí, que, para cancelarlas, se entregó en hipoteca á su principal acreedor, el duque de Saboya; despues, celebrando un tratado con este, se redimió y formó un nuevo canton. Este con Berna, Zurich, Lucerna y Soletta, para defenderse mutuamente, celebraron un pacto de concidadanía, que debia prevalecer sobre cualquier otro vínculo político, excepto la Confederacion. Los tres cantones montañeses, que habian hecho terrible su nombre en Lombardia con la batalla de Giornico, concibieron envidia, y se trató nada menos que de reducir á aldea la ciudad de Lucerna; las dietas concluían en tumultos, se preparaban las armas, y la discordia estaba ya para llevar á cabo lo que aquellas no habian podido hacer.

Vivia en Unterwald Nicolas de Flühe, que despues de haber cumplido por espacio de cincuenta años los deberes de buen ciudadano, combatiendo en las guerras de la independencia, sin ambicionar ni rechazar los honores, habia abandonado su mujer y sus hijos para retirarse á Mechthal á solitaria devocion. Numerosísimos testigos declaraban que habia vivido veinte años sin mas alimento que la hostia, por lo cual estaba en veneracion de santo. Habiendo llegado á su noticia las discordias que agitaban á la Confederacion, se presentó á la asamblea de Stanz, y con palabras sencillas, pero llenas de sentimiento, les conjuró á hacer las paces, á abolir los pactos de concidadanía particular, y á admitir á Friburgo y Soletta en la Confederacion. Sus palabras fueron escuchadas, y se renovó un nuevo pacto entre los diez cantones, determinando los confines, la defensa, los procedimientos y el comercio de todos ellos. Despues de hacer este gran milagro, Nicolas volvió á su oscura santidad.

1479. Tambien los Grisones, enemistados con el Austria, hicieron alianza con los Cantones Suizos, y recibieron auxilio de ellos. El archiduque Maximiliano I decia á sus diputados: «Yo os haré una visita con espada en mano, » indóciles miembros del imperio. » Y ellos respondian: « Señor, os suplicamos que los » dispenseis, porque los Suizos son gente gro- » sera, que no conocen los respetos que se deben » á las coronas. » Maximiliano mandó á la Confederacion sueba que tratase como enemigos á los Suizos; principió la guerra, y en un año ocho batallas ensangrentaron las montañas, devastándolo todo y produciendo hambres y epidemias. El valor de los Suizos y de los Grisones causaba grandes estragos en los valles réticos, y hacia temblar de rabia impotente á Maximiliano, hasta que Luis XII de Francia y Luis el Moro, duque de Milan, que deseaban tener soldados suizos, se interpusieron, haciendo

Nicolas
de Flühe.

1499. con la paz de Basilea que todo volviese á su primitivo estado.

En 1501 se agregaron á la Confederacion Basilea y Schaffhouse, tan importantes para la Suiza, y por fin, completóse aquella en 1513 con la admision de Apencell, decimotercio canton. Ademas de estos habia algunas ciudades asociadas, como Mulhouse, Vienne, el Vales, Neufchatel y Ginebra. Los derechos señoriales se han conservado hasta la invasion francesa en 1798, cuando la batalla de Neuenack demostró que no se habia perdido aquel valor que forma el carácter comun de la historia de este país, tan extraordinaria por sus hechos é ideas. Las agregaciones sucesivas reducian á la unidad el cuerpo ménos homogéneo, sin destruir sus diferencias originarias; de modo que la monárquica Neufchatel, los aristocráticos Grisones, la oligárquica Berna, los groseros Waldstetten, la culta Ginebra, Católicos y protestantes, antiguos hombres libres y antiquísimos siervos, Borgofones, Franceses, Alemanes, Italianos, sin un centro, sin límites estables, sin lengua ni religion nacional, llegaron á formar en la república una union tan grande, que es uno de los problemas mas curiosos que se presentan al historiador.

Completada ya la Confederacion, pronto la Suiza quiso tener súbditos, y la Turgovia, la Valtellina, Bellinzona, Lugano, Livigno, Mendrisio y Valmaggia experimentaron cuán infelizmente viven los súbditos de las repúblicas. Pero lo mas triste fué el tráfico de sangre que principiaron entónces y que aun no han abandonado, aunque habiéndose cambiado las leyes de la guerra, haya perdido su importancia; vendiendo su valor para oprimir á los pueblos; pagando esta deshonra con la corrupcion interna y con las contiendas civiles, con perder el respeto á los magistrados, la aficion á la agricultura y á la industria, y su primitiva sencillez, y envileciendo en contiendas extrañas la sangre con que tan generosamente habian establecido la libertad en su patria.

CAPÍTULO XVI

Italia. — Tiranos. — Visperas Sicilianas. — Enrique VII en Italia. — Roberto de Nápoles.

Los países que formaban la antigua liga lombarda permanecieron sesenta años sin conocer á los emperadores, que nose cuidaban del *jardin del imperio* (1). Los papas induciendo á Ro-

(1) « Desde la muerte de Federico II, acaecida en el año 1250, hasta la invasion de Carlos VIII en el 1494, média una época tan larga y confusa, que no se puede sujetar á una division natural; época que podemos llamar la edad de gloria resplandeciente, la edad de la poesia, de las letras, de las artes y del continuo progreso, y en que la Italia adquirió una preponderancia intelectual sobre los pueblos transalpinos, que por cierto no demostró despues de la caída del imperio romano; pero su historia política presenta un cúmulo de hechos minuciosos tan oscuros y de tan poco momento que no merecen se fije la atencion en ellos, y tan intrincados y contrarios á

dolfo de Habsburgo á que renunciase á todas las pretensiones que tenia acerca del patrimonio de San Pedro, concluyeron la comenzada obra de la independencia italiana, á lo que por otra parte contribuía tambien el mismo Rodolfo, vendiendo los privilegios reales á cualquier ciudad que tuviese dinero para comprárselos. Habia llegado, pues, el caso de consolidar las propias instituciones; pero los Italianos se dividieron por su iracunda arrogancia, debilitándose para hacer frente á la dominacion extranjera.

Los Güelfos y Gibelinos, que tuvieron origen en la guerra del imperio con el papado, lejos de concluir con ella la encrudieron, no designando ya dos partidos distintos, la fuerza y la idea, la independencia y la unidad, la democracia y la aristocracia, sino una herencia de antiguos odios cuyo motivos ignoraban; tanto que los pontífices, olvidando que debian ser padres de todos, se decidieron alguna vez por los Gibelinos, y contra estos los emperadores, y otras mudando de partido invocaban ya la libertad ó sujecion del imperio, segun convenia á las ambiciones particulares y momentáneas. Los tiranos se inclinaban al partido de los Gibelinos; ¡pero desgraciado el emperador que contase con su apoyo! Si era de la Alemania, le daban una buena acogida, con cuya ceremonia mortificaban su habitual parsimonia; le llevaban las llaves de la ciudad, por lo que pagaba cierta regalía; no le dejaban ningun mando; no consentian tampoco que su permanencia en el país fuese demasiado larga, y apenas le abandonaba, se declaraban independientes de su poder y daban leyes contra él.

Cualquiera que con nosotros haya observado, cómo los Romanos, acérrimos republicanos, se sometieron á la destemplada tiranía de los emperadores, no se admirará de que los inquietos Italianos sufrieran nuevamente el despótico dominio de los tiranos. Aquella libertad carecia de justicia y de seguridad. Cayendo bajo el mando de un señor sufrían las grandes pérdidas, consecuencia de sus arbitrariedades; pero la plebe se hallaba mas contenta con tener que obedecer á uno solo que á muchos, y procuraba por sí, permaneciendo sometida á uno solo y distinto señor que no tenia interes ni pasion en ofenderla, mientras que en el gobierno de los Comunes el individuo se hallaba expuesto á las iras de todo un partido, y cualquier émulo ó cualquier adversario podia dañarle.

La ciudad de Ferrara fué la primera que se sometió á un príncipe, Azzo de Este; pero en seguida todas las demas imitaron su ejemplo casi sin advertirlo, del mismo modo que sin advertirlo se hallaron con que habian conquistado su libertad. Aquella tiranía no traía la paz, por-

un buen ordenamiento, que no sirven sino para causar confusión en la memoria. » HALLAM, *Europa en la edad média*, parte 2ª. Sin estar conformes con esta opinion la presentamos como disculpa, por si no nos es posible seguir el órden y encañamiento de hechos que nos habiamos propuesto.

que no estando fundada en una firme constitucion, consolidada por la opinion y el tiempo, ni trasmitada por una sucesion regular, abria ancho campo á las ambiciones de los pretendientes que podian aducir los mismos títulos, el atrevimiento, la misma sancion, el haber salido bien con su empeño. Un señor nuevo derribaba al antiguo, que acudia á una ciudad amiga, al papa ó al emperador, á cuya sombra conspiraba coligándose con otros de su partido, comprando tercios y exacerbando aquellas disidencias civiles que no podian decidirse por razones, teniendo por necesidad que acudir á las armas.

En lo interior los tiranos, aunque elegidos popularmente, por miedo á las antiguas libertades, debilitaban los cuerpos que representaban al país, en lugar de buscar en ellos defensa y apoyo; pero los señores, aunque no tenian ninguna ley suficiente para moderar su poder, poseían demasiados medios para comprar, engañar y atemorizar á la multitud (1), se hallaban armados entre gente pacífica, y bajo el pretexto de conspiraciones quitaban la vida ó desterraban al que hacía alguna resistencia. Los mejores ciudadanos, como se encontraban sin fuerza para contrarrestar la tiranía, no se presentaban en las asambleas y se retiraban á una paz violenta. Hasta la Iglesia, que desde el principio habia rogado á Dios librase á los pueblos de los tiranos, pedía ahora por ellos, participando de culpas que los antiguos pontífices castigaban con la excomunion sin ninguna clase de miramiento (2).

Posteriormente desapareció toda apariencia de eleccion popular, cuando los tiranos obtenían el título de vicarios imperiales que compraban á los emperadores, los cuales vendían gustosos por dinero una autoridad que no podían ejercer. Una vez hecho esto, el tirano perdía todo respeto á los privilegios y costumbres, no dejando al pueblo mas derechos que el de nombrar algun magistrado inferior, cuidar las calles y las rentas propias.

Así como contra la licencia no se habia hallado otro remedio que el de la esclavitud, del mismo modo contra la tiranía no podia oponerse sino la conspiracion. Pero aquellos príncipes de pequeños Estados y de grandes ambiciones, conociendo que su poder era muy precario, y viéndose rodeados de enemigos tanto fuera como dentro de su pueblo, con objeto de sostenerse se echaban á la espalda toda moderacion y generosidad, recurriendo á la perfidia y traicion y á aquella baja política que difamó á

(1) Laurin se hace el jefe de su patria, y convierte en privados los derechos públicos, destierra á unos y corta la cabeza á otros; principia como la zorra y usa la fuerza del leon, cuando ha reducido al pueblo con licencias, con dones y ofertas.

(2) En algunos misales del siglo x leyó Muratori (*Antig. Ital.*, LIV) varias misas contra los tiranos, en las que se invoca al padre de los huérfanos, al juez de las viudas, para que atiende las lágrimas de su Iglesia y la libre de los tiranos renovando los antiguos milagros. Bajo el mando del duque de Milan, Felipe María Visconti, se pidió en la misa por Ines del Maine, su concubina, y por Blanca María, su hija.

la Italia y de la cual fué víctima. La historia de todos los países es un tejido de relaciones de continuos cambios de fortuna, muertes, conspiraciones, suplicios y venenos; la fe pública desconocida así en paz como en guerra, y para cada príncipe bueno habia una serie de malvados ó asesinos de los pueblos que se habian puesto bajo su tutela; guerras producidas y alimentadas con el oro y la sangre de la nacion que no las habia decretado, pero que era víctima de ellas. De modo que la caída ó levantamiento de un partido ó de un jefe del pueblo constituyen la historia aparente de estos tiempos; á los grandes y generales intereses se sustitúan hechos parciales, luchas de familia, emulaciones domésticas, sin que hubiera entre todos ni un papa, ni un emperador, ni un señor de ideas elevadas y digno de llamar la atencion y los deseos del pueblo. Algunas veces, sin embargo, un partido ú otro producía una serie de hombres dominadores ó terribles, como Ezelino de Romano, el rey Roberto, Castruccio, Can de le Escala, Beltran de Poggetto, Azzo Visconti, Martin de la Escala, Juan Galeazzo, Ladislao y Francisco Sforzia (1).

El partido de los Güelfos creía haber labrado su felicidad con la caída de los Suebos y el establecimiento de Carlos de Anjou en las Dos Sicilias; este, que casi alteró la constitucion, conservando los impuestos y restrictivas disposiciones que la mano fuerte de Federico y las necesidades de la guerra habian impuesto al país, adornó á Nápoles con nuevos edificios, favoreció á la generalidad de sus habitantes, se amistó con algunos de los primeros ciudadanos armádoles caballeros, y se rodeó de una defensa compuesta de nobles franceses, á quienes habia distribuido los feudos quitados á los amigos de los Suebos. Pero la nobleza antigua se despechaba al ver sus nuevos compañeros; la desventura de la dinastía caída habia convertido el odio en compasion; el pueblo temía

(1) Llena se encuentra Italia de tiranos, Llegando á convertirse en un Marcelo El jefe de un partido de villanos.

(DANTE, *Purg.* VI.)

En Milan dominaron los Torriani, los Visconti, los Sforzias; en Lodi los Vestarini, los Pisiragas, los Vignati; en Verona los Escaligeros; en Padua los Carraras; en Ferrara los Salinaguerras, y los Estensi; en Pisa y Luca los Castruccios Castracane; en Rávena Pablo Traversari y los Potentas; en Cremona los Pelavicinos, los Cavalcabos, los Corregios, y Cabrino Fondulo; en Florencia los Pittis y los Médicis; en Mantua Passerino Bonacossi y los Gonzagas; en Camerino los Varanos; en Fermo los Miglioratis, Gentil de Mogliano y los Sforzias; en Forli los Ordellafi; en Bolonia los Bentivoglios y los Pèpollis; en Cesna los Malatestas; en Imola los Alidosi; en Urbino los Montefeltro; en Foligno los Trinci; en Parma los Rossi y los Correggeschi; en Pavia los Beccarias y los Langoscos; en Crema Venturino Benzoni; en Cortona los Casales; en Faenza los Manfredi; en Novara los Tornielles; en Brescia los Maggi y los Brusati; en Alejandria Facino Cane; en Bérnago los Suardi; en Como los Ruscas; en San Donnino los Pelavicinos; en Treviso los Caminos, Feltres Bellunos; en Gubbio los Gabrielli; en Cingoli los Cimas; en Viterbo los Vicos; en Orvieto los Monaldeschi; en Fabriano los Chiavelli; en Metelica los Ottonis; en Radiceofani los Salimbenis; en Iesi los Simonetas; en Macerata los Mulucci; en Urbania los Bracaleones; en Sassoferrato los Atti; en Fermo los Mogliani; en Aquila los Montorios, etc.

Carlos de Anjou. 1266.